

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15 – 11 – 2015

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezar por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 45-48)

La advertencia de Jesús es fuerte y clara. Él nos dice que debemos amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen.

La historia de los cristianos está bañada por la sangre de tantos mártires que, desde el comienzo de la Iglesia, fueron perseguidos y asesinados. Ellos siguieron e imitaron a Jesús, que fue el primer mártir que dio su vida por la redención de los hombres de todos los tiempos y lugares, para que todos, sin excepción, pudieran ser justificados y, así, entrar en la felicidad eterna.

Amad a vuestros enemigos y orad..., nos dice Jesús. Tener la fuerza y el coraje de perdonar, quiere decir vivir como verdaderos hombres y como cristianos auténticos. Es ser plenamente “personas humanas”; es vivir en plenitud y profundidad el Bautismo, que nos ha hecho hijos de Dios y nos ha introducido en el misterio pascual de Cristo; que nos ha comunicado su Espíritu y nos ha hecho partícipes de la naturaleza divina: por lo tanto, realmente santos (cf. LG n 40). Lo somos y tenemos que serlo.

Sed perfectos..., también nos dice Jesús. La perfección ya está aquí, ahora. Es don de Dios, y nuestro compromiso. La santidad, a la que llegaremos a la plenitud en el Reino, comienza ya aquí en esta tierra. Inicia en la intimidad de nuestro corazón, cuando experimentamos la paz, la serenidad, la alegría en el perdonar; cuando vivimos con coherencia nuestros compromisos y nuestras responsabilidades; cuando nuestra línea de conducta es correcta, irreprochable y transparente; cuando nos esforzamos por ser mejores cada día, y tratamos de hacer más hermoso y habitable nuestro mundo.

Dijo el Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática **Lumen gentium**: «Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad» (n. 40).

Así lo entendía también Magdalena Aulina. Ella sabía que la santidad es para todos, porque no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer bien el propio trabajo, el que sea, siempre hecho con coherencia, con rectitud, con honestidad.

Magdalena estaba plenamente convencida de que todos podemos y debemos ser mejores. El Señor nos da la gracia y la fuerza para vivir de acuerdo con nuestro Bautismo, para ser cristianos de manera auténtica y creíble.

Hoy en día, en medio de tanta corrupción y demasiados escándalos, Magdalena nos repetiría con determinación que vivamos con coherencia y fidelidad, incluso yendo contra corriente, con el fin de ser cristianos auténticos, cada uno en su propio estado de vida.

Magdalena nos diría que ofreciéramos a Dios, con todo el amor de nuestro corazón, cada acto, aunque aparentemente parezca pequeño e insignificante, seguros de que Dios, en su bondad y providencia, todo lo bendice y transforma según su amor.

Los santos, los que están en el cielo y los de “la puerta de al lado”, nos ayuden a saber cómo vivir este alto nivel de vida cristiana.

Que el próximo Año Santo de la Misericordia, proclamado por el Papa Francisco, nos impulse a vivir en la vida cotidiana la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros.

